

Ausencia de confianza

Con un cigarro en la mano, suspendido en el aire, Antón miraba hacia el infinito en busca de respuestas, y aunque se esforzaba en la búsqueda, la inmovilidad de su cuerpo daba a entender que, a pesar de su deseo, la voluntad del destino marcaba oposición a su pensamiento, de repente, el paso del tiempo se volvía insufrible, y el teléfono en su otra mano, se tornaba infinitamente pesado, así como lo hacía su cuerpo, quería desfallecer, irónico, para este caso, en el que el silencio contestaba una pregunta que parecía distante, no solo por el segundo que sonaba palpitante en la distancia de un salón donde reinaban las risas.

Y aunque el presente se partía, el pasado se tornaba lúcido como un sueño, sintiendo el paso veloz de aquella incesante manecilla que al mirar detenidamente notaba que tan solo habían pasado treinta segundos, una mano amiga se postraba en su pecho, entregándole un videocasete que inmediatamente retiraba y reproducía en un imaginario aparato, le mostraba memorias en un televisor aparecido de la nada, pero con la confianza de que ahí siempre estaba, pues se mezclaba con el aliento de alquitrán de su boca y las fresas de la personas a la que estaba besando hacía un rato.

Una propuesta se mostraba ante sí, falta de nombre y carente de sentido, aquella era una sentencia, una que ya había sido firmada, y recordaba por fin quién era el interlocutor del otro lado del teléfono, había pues, perdido la noción de todo, ni siquiera recordaba su nombre, leyó de nuevo aquél contrato, vio esta vez con su mayor esfuerzo y vio el nombre a quien iba dirigido, ¿era el suyo?, creía que no, esperaba que no, era una traición a la moral, aquella era una orden a escribir una crítica, arruinar los sueños de una nación, pero las deudas habían carcomido el alma del que firmó. Aquellos fotogramas quedaban a la deriva en un plano infinito que se marchaba de forma transversal de la vista de Antón.

Recuperó su sentir, miró el suelo, una colilla tirada entre piezas de madera pulidas con gran esmero, entre un mar de lujuria, entre un mar de mentiras, ¿qué hacía aquella noche en ese lugar?, presenciaba los resultados de una competencia sin igual, partidario de las letras libres y jóvenes de aquel tipo nombrado Ferdinand, una eminencia extranjera, y de repente todo cuadró en su cabeza, por fin terminó de dibujar a la persona que estaba al otro lado.

Y ante sí, sonó un estruendo del otro lado del aparato, temblaba, el calor se escapaba de entre sus manos, dejaba caer el aparato, había perdido, Ferdinand había perdido, a unos metros daba su declaración, anunciaba que, ante aquellas críticas falsas, el público había votado en su contra, que quien fuera que las hubiera propiciado, debería estar ardiendo en el infierno, que se había comunicado con el escritor para dejarle en claro la poca valentía que tenía al esconderse entre letras. Antón trataba de quedarse en pie, quizá era su culpa, después de todo, no era hasta ahora que entendía la gravedad de lo que había firmado su hermano, todo el mundo parecía quebrarse frente a sus ojos, pero era él el único que lo hacía, la voz se le despedazaba frente al editor, quien lo felicitaba por tener un talentoso hermano.

Se ha marchado con un maletín del que nunca he sabido qué contenía, fue lo último que le dijo María antes de marcar al hotel de Asturias donde solía ir aquél seguidor de Ferdinand, tan solo pensarlo, el corazón de Antón se inundaba de melancolía, entre las paredes de mármol trataba de contener su pecho, seguía recibiendo felicitaciones de varias personas que eran importantes, o eso le dijo el editor, eran unos perfectos desconocidos, pero no importaba, no había colgado la llamada, no tenía caso, no quería, incluso sabiendo que ya no podría volver a escucharse ningún sonido en especial, excepto el de un líquido esparciéndose cerca de donde debió caer el teléfono.

Y a pesar de todas las manos que saludaba de forma automática, el alma de Antón se sintió en plena oscuridad, incluso si las luces brillaban de una forma radiante, se marchaba, decía *ya que hemos ganado hay que descansar un rato*, pero no, esa noche no se dirigió a su casa, lo primero que pensó fue en qué le diría a María, sabiendo el contenido del maletín, equivocándose al llamarle con el nombre de la exesposa de su hermano, ni siquiera sabía que estaba casado, ni siquiera recordaba haber leído una invitación, y si la hubiera leído, estaba seguro de que tampoco hubiera asistido. Era una noche especial, aquél día perdía el detractor de todo un país, tomando el premio su contrincante, si hubiera ganado Ferdinand, se hubiera terminado todo el asunto organizado de la academia de letras de aquél pequeño país, naturalmente eso no pasaría, el orgullo de toda una nación era la tradición, y alguien tan despreciable como Ferdinand y su poco uso de las reglas obligatorias dejaba mucho qué

desear, lo había escuchado, el comité estaba dispuesto a pagar cualquier precio por su derrota.

Pero yo... no...

Fueron las últimas palabras escuchadas en la avenida Quinta cuando el público vio al cielo la caída de un cuerpo. Al día siguiente, la misma revista donde Antón y su hermano trabajaron por años, mostró una edición con la explicación de que ambos eran detractores de la escritura tradicional y, naturalmente seguidores de Ferdinand, nadie tenía idea de que la crítica a Ferdinand estuviera escrita por el puño de uno de ellos, no importaba, pues aquella noche no solo había ganado la escritura, mayor orgullo de ese país, sino que también se habían muerto dos traidores máximos al símbolo nacional, buitres desde el poder de la crítica, que esperaban dar un golpe fatal a la estructura primordial: la familia, según palabras del propio editor, con el puño que felicitó la semana pasada a Antón.

–Espero, entiendas, que no es personal, Antón, son negocios, siempre lo han sido.